

# Como hoy, después de sesenta años 1943-2003: La percepción dramática y la creatividad teatral

Alexei Vergara A. y Hugo Marchant S.

Generación Escuela de Teatro PUC 1985



Después de sesenta años, el susurro que viene de las fotos viejas de los primeros actores de un teatro que se renovaba con fulgor, se va haciendo escuchar con fuerza en cada uno de los alumnos que entra por primera vez por los pasillos de un campus mezcla convento templo florentino, traído no sólo de otras tierras sino de otros tiempos. Los alumnos exudan vida, ganas y ese halo fanfarrón de los elegidos que con el paso de los años pasa a ser una ingenua presunción de los que reciben la experiencia de los sabios. Es el nervio y la fuerza nueva que hace resguardar, sin tener conciencia de ello, el espíritu que se encarna como cimientito del futuro actor universitario, ese actor que pensaron los peregrinos del primer hacer teatral. Susurros viejos que se hacen audibles desde el pasado en las voces jóvenes del presente eterno e inolvidable de los que llegan.

Los viejos actores ya idos realizan su acto de rememorarse desde aquellos ecos de sus cuerpos perdidos y en las visiones de los ojos de otros públicos ya desaparecidos por el tiempo, al encarnarse en las almas y voces de los que comienzan en su viaje por reconstruir el origen de esos

primeros deseos de renovar y renovarse a través del acto teatral iniciático e inexperto. Percibir el anhelo y el impulso de la fe de ese sueño mágico que tuvieron los primeros hace sesenta años es la energía de los que son primeros hoy en los inicios del viaje.

El primer encuentro del alumno por sentirse como teatrista y actor, ya al entrar a la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, lo hace con el entusiasmo, el miedo y las ganas irrefrenables de ser parte de una especie de templo sagrado acunado a través de sueños infantiles y quimeras adolescentes. Es ser parte de un misterioso hecho catártico, de un sueño mágico cumplido. Las expectativas se multiplican al encontrarse con un lugar físico que está lleno de creencias misteriosas que se hacen reales en salas negras, de ventanas cerradas, con focos que dan la cálida sensación de estar sobre un escenario donde ya han pasado miles de actores, aque-

llos admirados, aquellos conocidos y, sobre todo, aquellos olvidados. Aquellos que siguen susurrando por los pasillos, patios y salas-lavaderos de un convento en juerga de un teatro escuela, por seguir siendo partes del viaje, del sueño, de la vida nueva. Permanecen sin querer partir, tal vez, a pesar de sus yerros y faltas. Sólo los mantiene su pasión por su arte. ¿Qué se ciernen sobre el espíritu de irrevocable ansiedad de ser parte de

un algo que se supone te hace especial frente al mundo escéptico que te envuelve y que te da un carácter de rebeldía, de estar en las primeras filas de los que van con los tiempos?

Y por otra parte, estamos los que fuimos alumnos y que casi sin darnos cuenta,

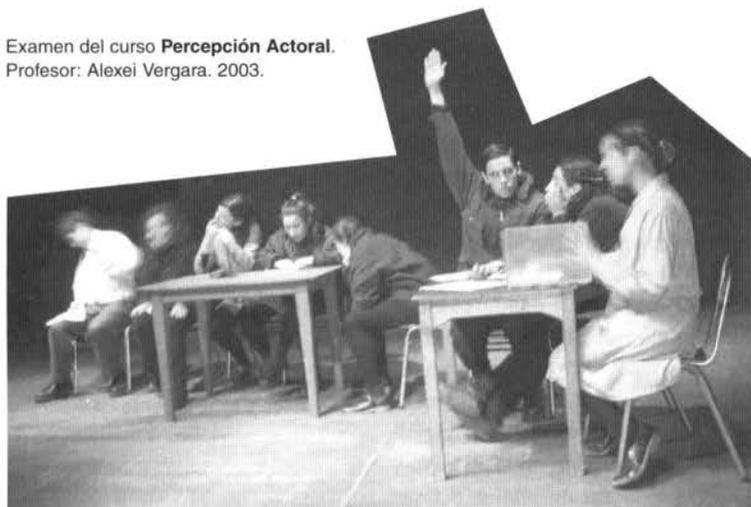
por extrañas jugadas del destino, de los dioses o simplemente de la casualidad, estamos al otro lado de las filas, ahora resguardando ese legado que sólo con el pasar del tiempo se reconoce y se agradece, a pesar de los desencuentros, abandonos,



Lía Florín, Patricio Lara y Alexei Vergara en clases de **Pantomima** (Profesor Mario Rojas). Escuela de Teatro PUC, 1987.

desacuerdos, heridas y tristes añoranzas. Al recibir a los nuevos alumnos, uno se reconoce y siente la extraña sensación de ser la figuración de ese primer profesor que nos recibió y en quien uno auscultaba entre el saber y el fraude. Siente, también, la confianza ciega y el peso por ser fiel al legado de transmitir el espíritu aprendido y que fue creciendo con cada año de escuela, una escuela que existió por única vez, sólo para uno, sus compañeros, sus profesores y sus tiempos. Es ser merecedor y propuesta. Legado y proyecto. Es la extraña

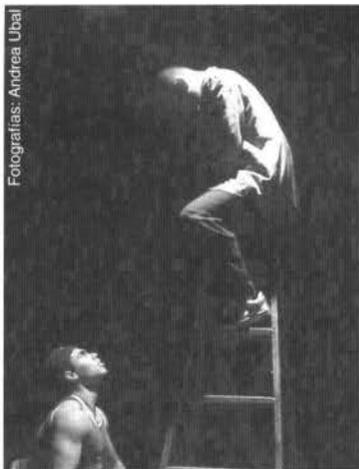
Examen del curso **Percepción Actoral**.  
Profesor: Alexei Vergara. 2003.



Hugo Marchant y Alexei Vergara en **Los compadres**. Dirección: Andrea Ubal.  
(Postítulo en Dirección, Escuela de Teatro PUC, 2002).

paradoja de hacer avanzar la tradición de los primeros para conservar la nueva en el futuro, con la única intención de crear más vida, renovando en lo ritual el mito de aquellos primeros peregrinos.

Sin dar cabida al concepto de la percepción actoral, el alumno que emprende su viaje crea, a partir de su propia idea, la secuencia de expectativas que lo llevan a recorrer un camino silente y oscuro. Un camino incierto que pronto se vuelve concreto en la búsqueda de lo que comienza a ser su aprendizaje y que se inicia con algo tan básico y para ellos alejado de la actuación. ¿Hacer un animal para aprender lo que es la actuación? Francamente, para ellos, se vuelve una ca-



Fotografías: Andrea Ubal

nallada frente a lo sagrado del sueño añorado. Aún no logran sentir el por qué del acercamiento.

Reconocer lo que es tan unido a toda su vida como es la forma de ver y recibir el mundo se hace una tarea de des-aprender para volver a reconocer. Es una experiencia que al principio se hace confusa y casi sin sentido, inútil e imposible. ¿Cómo reconocer lo que es tan esencial en mí? ¿Cómo separarlo para enfrentarlo y volver a asimilarlo con la intención de volver a integrarlo? El cuerpo y el entendimiento se resisten y colapsan en la confusión desesperada por querer entender

y descubrir la utilidad de un proceso tan ajeno e íntimo a la vez. Se vuelve simple y complejo. Falta entendimiento y relación. Y a pesar de todo, intentan conservar el goce que los trajo hasta aquí.

Vivencia orgánica a través de un cuerpo inteligente. Qué cosa tan sencilla es hacer lo que siempre he hecho, pero tener que disecarlo para comprenderlo y hacerlo integrativo tiene la sensación de lo poco pragmático del hecho, señal de tiempos sin fe, desconfiados de lo inseguro, escépticos de su utilidad. ¿Es que la sensorialidad es inteligente? Suena a utopía en tiempos que ya no tienen cabida.

El alumno obedece intentando comprender que el dato físico es un estímulo para los propios sentidos que buscan descubrir sus propias resonancias en la re-adequación de un mundo interno, que le parece conocido y ajeno a la vez. Pronto se dan nuevos sentidos a las propias acciones físicas en su reconocimiento. Pero ese es sólo el comienzo. Saber percibir lo dramático ceñido a lo estrictamente real es el primer acto creativo que evoca un alma limpia e ingenua, abierta y

dispuesta a recibirlo todo, a contenerlo, a poder expresarlo vividamente.

Es en este primer entendimiento cuando se encuentra el obstáculo esencial que constituye el aprendizaje acabado de la percepción. Y la percepción como la lucidez por descubrir el camino, esa misma lucidez que tuvieron los fundadores para cambiar el rumbo del viaje.

¿Qué, como actor, selecciono para conocer y entender una existencia humana, un alma, un espíritu distinto al mío? Ya no sirve todo, ni menos la copia e imitación clínica del ser vivo con potencias objetivas. Es éste quizás el momento que fundamenta el proceso que da esencia a lo que es un actor de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica: **entender qué es lo dramático**, qué es lo que sirve de lo que observo para contar el mundo de una persona en forma orgánica no intelectual ni literaria, externa o mecánica. Es el legado que resguardan los susurros.

¿Qué es lo dramático en el primer encuentro perceptivo con una persona en situación real? ¿Qué es la percepción dramática que me lleva a ser lo que es mi fundamento como alumno que aprende a ser actor? ¿Qué fue lo que visionaron los primeros actores que me permite hoy a mí, enfrentar el viaje de los fundadores? ¿Cómo transmutar la visión del mundo en la medida que la acción dramática de lo que percibo da sentido a la existencia? Y un susurro apenas audible, como una brisa helada y suave, se hace escuchar en sus oídos: *Construye vida, allí donde había vacío*.<sup>1</sup>

Enseñar a mirar de nuevo para ver lo interno que da vida y no sólo toda

1. Matar, Beatriz. 2000. *La tarea de ser actor*. Ed. Galerna, Buenos Aires.



**Pachamama** de Oscar Saavedra. Director: Raúl Osorio. TEUC, 1988. Alexei Vergara en el papel de Lupercio Galindo (sentado en el suelo).

la visión desplegada en la cromática variada de los estímulos, sino más bien en esa síntesis-selección que constituye lo que da vida íntima en mi propio cuerpo y alma de un ser humano distinto. El alumno se pregunta: ¿Estaré preparado para conectarme con esa capacidad que hace único nuestro oficio? ¿Lo que me está siendo legado en el escuchar de los susurros? He ahí su desafío, su dificultad, su deseo de comprender con los sentidos y no dejar refrenar el sueño mágico de la mística del templo sagrado de la escuela de los primeros días. La misma añoranza de los de hace sesenta años.

Ya no sólo es percibir sino que es percibir lo dramático desde la visión del actor enclaustrado en lo universitario. Es lo que cuenta a una persona, lo que la hace interesante de conocer desde su alma y no la reproducción total de un retratista o el registro científico del hombre como fenómeno de análisis o la imitación mecánica y externa, inerte de un ser.

El alumno comienza a entender cuando se pregunta: ¿En qué reside lo dramático de lo estrictamente real? ¿Qué de lo que observo tiene y da vida al espíritu como un aliento efímero de un pequeño dios?

Lo mecánico ya no lo es nunca más

y ese hecho desespera por lo inconmensurable de la tarea, ya que se le hace un abismo creer que debe absorber todo el mundo con un mirar. Se siente desbordado y sobrepasado hasta que comprende que el alumno que comienza a caminar desde las salas negras de la Escuela-Templo de la Universidad Católica debe ser, por sobre todo, un **perceptor de lo dramático a través de los sentidos** que dan vida a un ser que no existía en su propia organicidad. Comienza a escuchar claramente el secreto de los de hace sesenta años. En medio de lo abismante de la tarea empieza a reconocer que la aplicación selectiva de sus sentidos lo motiva a entender dentro de sí a la persona observada; se va internando en el contacto con lo que es dramático desde el punto de vista del actor. Y en eso reside o vuelve a encontrarse con el goce de esa primera magia que los acoge en sus primeras etapas. Lo hace renovar el goce, el entusiasmo, los ímpetus que nunca han de perderse o abandonar. Nunca renunciar a las ganas y al goce de querer ser parte de ese juego místico de su magia infantil al comprender en lo sensorial el sentido del ser actor. Lo dramático de esa observación pasa a cumplir su función social.

Comprende, orgánicamente, que

se hace necesario hacer uso de los sentidos para encontrar lo que cuenta a alguien y su vida, lo que lo hace interesante de ser contado a través de una historia, lo que lo hace importante para elegirlo y traerlo vivo a la misma sala oscura que tanto enfría el cuerpo y que con esto se comienza a ver más luminosa y cálida, llena de emoción y amor por haber elegido un buen camino. Por no haberse arrepentido a pesar de la crisis, el abismo, los rechazos, los yerros y lo inseguro. El alumno es ese fundador encarnado que prueba y yerra, pero busca y desea descubrir las claves de hacer un arte verdadero y elevado. Como dice Borges ...cada acto es el eco de otros que en el pasado lo antecedan, sin principio visible, o el fiel presagio de otros que en el futuro lo repetirán hasta el vértigo. No hay cosa que no esté como perdida entre infatigables espejos. Nada puede ocurrir una sola vez, nada es preciosamente precario.<sup>2</sup>

Y como venido de esos mismos susurros del pasado, el alumno-actor recibe lo que es fundamento y lo que importa. Lo que lo hace único y sabedor del secreto arte de saber seleccionar lo que nos habla de una persona a través de sus acciones, gestos e imágenes internas. No es la acción por la acción, es la acción que genera comprensión de un alma humana. El ciclo siempre precario por perderse se reencuentra en esta verdad del hoy, en el acto sagrado del alumno por aprender a descubrir el origen de todo el círculo que termina por cerrarse en él.

Es esta capacidad lo que caracteriza al alumno de la Escuela de Teatro

de la Universidad Católica, es el develar lo dramático en lo que acierta a observar de la realidad. Es la lucidez que se revela en los desaciertos que permite desmadejar el abismo al que llega a cada momento.

El alumno, sin entrar a crear libremente con su imaginación, va componiendo las partes de ese ser que emana vida y es en esa selección y síntesis lo que lo hace un ser creativo por excelencia. Hasta lo que se imagina viene de lo real, pero en



Erto Pantoja, Josefina Velasco, Elsa Poblete, Ricardo Bralic y Alexei Vergara en **El servidor de dos patronos** de Carlo Goldoni. Dirección: Ramón Griffiero. TEUC, 1989.

esta etapa es la selectividad de saber qué es lo que más devela a un ser dentro de las resonancias de su propia alma y hacerla verdadera. Ahora, lo creativo de lo real se hace orgánico, seguro, inteligente, dramático. El alumno se hace atento a ciertos gestos que va entretrejiendo en el entramado de su propia comprensión y en su repetición va encontrando a quien pertenece ese gesto que es puente de un eco interno que lo hace propio, que despierta sus vivencias subcons-

cientes que pone al servicio de lo que realmente importa: lo dramático que trasciende lo anecdótico y lo general. Se reencuentra con el espíritu mágico que lo llevó a entrar a esta escuela y en ese regocijo de lo sensorial se reflejan las imágenes que elaboran su conocimiento del mundo que lo rodea. El alumno reconoce que piensa con el cuerpo.

Darse cuenta de lo dramático en el universo sagrado de los actores que deambulan aún por el resonar de los rincones de una escuela que crece y se renueva, pero que siempre contiene y seguirá conteniendo la lucha espiritual que hace el alumno que se transmuta en actor, más con cada dificultad que con el bien hecho resultado, es por sobre todo ser parte de la mágica vida de todas las vidas humanas. Vidas que dan el valor al escondido anhelo de ser todas esas otras muchas vidas. Ser los heroicos y poder entender a los salvajes siendo ellos mismos en el encuentro con su propia percepción actoral que crea teatralmente la promesa infantil de mil viajes ficticios.

Puede pasar el tiempo y la escuela sigue guardando el eco de los que quisimos llenar una ilusión, de querer amar a todos los seres a través del entendimiento de sus almas, de regocijarse en el oficio, del juego sin fin del sueño cumplido. La fe de ese sueño mágico no se pierde a pesar de que los alumnos lleguen siendo cada vez más jóvenes que cuando se llegó con la esperanza de ser reconocido como actor. Un eco repetido de fulgor y vértigo, de fuego y proeza, de abandono y re-encuentro. Como hoy, después de sesenta años.

2. Borges, Jorge Luis. 1980. *El inmortal*. En "Antología y otros relatos". Ed. Bruguera, Bs. As.